

Raúl Trejo Villalobos, *Filosofía y vida: el itinerario filosófico de José Vasconcelos* (Universidad Autónoma de Chiapas-Facultad de Humanidades/Morelia: Jitanjáfora, 2017)

JOSÉ MANUEL CUÉLLAR MORENO
Universidad Nacional Autónoma de México

José Vasconcelos ha dejado de ser en fechas recientes un artículo de lujo para convertirse en una necesidad perentoria y, sin embargo, como otros tantos miembros de su generación (Antonio Caso, Alfonso Reyes), es aún víctima de la paradoja de los monumentos: por un lado, se rinde pleitesía a su nombre, que es a la vez nombre de avenidas, bibliotecas, auditorios y escuelas y, por otro, se dejan sin tocar los nervios de su pensamiento. Tanto en el ámbito de la Academia como fuera de él —al fin y al cabo a José Vasconcelos nunca le convino el ámbito estrecho del aula— se le estudia con condescendencia, como si se tratara de una reliquia con un único valor (el testimonial), o no se le estudia bajo la acusación de haber sido un hispanófilo, un mocho recalcitrante cautivo del trauma del 29 (su candidatura presidencial fallida) y por haber servido de sucursal en México a la férula nazifascista (su revista *Timón* sigue siendo por sí sola el argumento favorito de los detractores).

La admiración y el escarnio se mezclan en la figura de José Vasconcelos, figura todavía hoy inasible e incompleta, a pesar de los numerosos estudios que hacen bulla a su alrededor; figura paradójica y de paradojas con la cualidad de ser simultáneamente un conocido y un desconocido en su propia casa. La pregunta por José Vasconcelos sigue en pie como sigue en pie y más violenta que nunca la querrela entre las dos Américas: la América sajona, protestante y segregacionista, que extiende sus brazos al sur con voracidad, y la América latina, asimilacionista y de estirpe

católica, que acaricia con morosa delectación el sueño de una unidad y una reconciliación mestizas.

Es con este ánimo de reencender las ascuas del vasconcelismo que debemos recibir la publicación de un libro que, siendo el enésimo en cuanto al tema, es sin embargo el primero que consigue la imbricación de la vida con la obra del Ulises criollo. En *Filosofía y vida: el itinerario filosófico de José Vasconcelos*, Raúl Trejo Villalobos lleva a cabo lo que promete en el título: un recorrido sin escalas por el itinerario de viaje de la filosofía de Vasconcelos, que es al mismo tiempo y sobre todo un recorrido por los episodios más destacados de su vida. Para Vasconcelos nunca se trató de una disyuntiva sino de una continuidad exacta: filosofía-vida, hasta el punto de que no podemos hacer de él una biografía a secas: la suya es por fuerza una biografía intelectual. Cabe de entrada expresar un recelo: ¿qué interés y mérito puede tener la biografía intelectual de un pensador que se encargó de ser el James Boswell de sí mismo? ¿Cómo puede uno competir contra los cinco tomos en que Vasconcelos volcó su hagiografía (*Ulises criollo, La tormenta, El desastre, El proconsulado, La flama*)? La respuesta está en el método: Vasconcelos sencillamente no pudo ganar sobre sí mismo la perspectiva histórica que hoy nos lo desvela como un personaje en múltiple relación con sus antepasados, sus coetáneos y sus sucesores. Raúl Trejo se vale principalmente de la noción orteguiana de “generación” para contextualizar a Vasconcelos, en detrimento –al fin– de esa imagen fragmentaria de mosaico a la que nos tienen acostumbrados los libros.

Son dos las operaciones que a mi juicio realiza Raúl Trejo sobre el autor: una primera operación de deslinde –expresión alfonsina– y una segunda operación de síntesis –palabra clave del vasconcelismo–. El deslinde consiste en distinguir –que no diseccionar– las varias fases de la filosofía-vida de Vasconcelos, ciñéndose para este propósito, con relativa fidelidad, a las tesis de Ortega y Gasset y Luis González y González. De aquí que el libro cuente con cinco capítulos: uno dedicado a las cuestiones metodológicas de la investigación, otro dedicado a los

años de formación de Vasconcelos (1882-1910), uno a sus mocedades (1910-1924), uno a su madurez plena (1925-1938) y uno a sus últimos años (1938-1959). Surge naturalmente de esta distinción de edades una primera agrupación de los escritos de Vasconcelos (cada agrupación con rasgos muy específicos), que a su vez nos previene de leer juntas obras de períodos disímiles y de juzgar con el rasero de la senectud los sucesos y los libros de formación.

Podemos hablar de un segundo deslinde, ya no de edades, sino de generaciones: la positivista, la del centenario (a la que pertenece Vasconcelos), la pos-revolucionaria (los siete sabios, los Contemporáneos), la del 29, la de medio siglo... Gracias a este segundo deslinde es posible reconocer los diálogos –las polémicas, los pleitos– intra e intergeneracionales.

Al deslinde le sigue y le precede un esfuerzo de síntesis, o sea, un esfuerzo por comprender a Vasconcelos como a una persona de sentimientos fluctuantes y multiformes, tanto pesimista como alegre, amoroso, con frecuencia aquejado de una fantasía de grandeza finalmente sofocada por su derrota electoral; un pensador que, como no podría ser de otro modo, sufrió desplazamientos estilísticos y temáticos, pero que al mismo tiempo conservó más o menos incólumes las premisas de su sistema. Vasconcelos se nos muestra en este libro como una trayectoria, o mejor aún, como la nota continuada de una melodía con su preludio y su conclusión. El Vasconcelos de Raúl Trejo pierde decididamente su consistencia de mármol.

De José Vasconcelos se ha criticado y hasta vilipendiado su labor historiográfica. Nos hallamos por cierto ante otra de las muchas paradojas que resaltan su perfil: mientras la Academia señala la ausencia de rigor e imparcialidad en sus libros, el público le ha colocado los laureles del *best-seller*. Sean o no justas las críticas, es verdad que en él podemos hallar la inspiración, como sin duda la halló Trejo, para revestir de carne las ideas, una precaución tan obvia –los pensadores poseen cuerpo y están engastados en la historia– como escasamente atendida:

Aristóteles [...] en la Metafísica recoge las ideas de los filósofos y [...] Diógenes Laercio [...] da a su relato carácter anecdótico y biográfico. El ideal sería combinar los dos métodos, pues si bien es cierto que es el sistema de ideas, el concepto coherente del mundo, lo que interesa en cada filósofo, nunca podremos apreciar debidamente el cuerpo de una doctrina, opinable, al fin y al cabo, si no tomamos en cuenta las circunstancias de tiempo y de temperamento en que se engendra (Vasconcelos, 1937, p. 27).

Huelga decir que al tomar en cuenta las circunstancias de tiempo y de temperamento, Raúl Trejo no disuelve el sistema filosófico de Vasconcelos, muy por el contrario, contribuye a su complicación y mejor exposición. De su *Teoría dinámica del derecho* (1907) a su *Todología* (1952), Vasconcelos desarrolló –en una época en que se consideraba anacrónico su desarrollo– un sistema que abarca una metafísica, una ética, una estética y una mística, incluyendo una epistemología y una filosofía de la historia. La existencia, de acuerdo con Vasconcelos, está compuesta de tres órdenes o ciclos: la materia, la vida, el espíritu (el acto repetición, el acto finalidad, el acto creador); el paso de un ciclo a otro se da mediante revulsiones de energía. La metafísica vasconceliana se prolonga en una ley de los tres estados (inversa en algún sentido a la de Auguste Comte): el material, el intelectual, el espiritual. Si Estados Unidos e Inglaterra eran los bastiones de la sociedad intelectual, obsesionada con el desarrollo técnico, la batuta de la sociedad espiritual por venir, sociedad de la libertad, correspondería a la América hispánica. La cruzada educativa que acometió Vasconcelos de 1921 a 1924 ha de entenderse como una concreción y una puesta en práctica de su sistema filosófico: el empeño por conducir a los mexicanos a una nueva era de la humanidad. Su sistema es al mismo tiempo una crítica, abierta y feroz, al evolucionismo y a las teorías de la superioridad de las razas puras (habría entonces que buscar las afinidades con el nazismo por otro lado: en la oposición a la hegemonía yanqui).

Señalemos, para acabar, algunas de las bondades de la investigación de Raúl Trejo que brincan a la vista: (1) Su utilización de primeras ediciones. El hecho es de suma importancia en el caso de Vasconcelos, que practicó la auto-censura y la mutilación de la propia obra no pocas

veces y con especial intensidad en sus últimos años. Un estudio serio de Vasconcelos exige necesariamente la penosa tarea del rastreo y la contrastación. (2) Estamos ante una investigación profusa en citas, que además de servir de justificación y de cauce, brindan al lector el placer de un contacto directo con la prosa de Vasconcelos. Se podrá decir que el filósofo no escribía bien, pero nunca que escribía sin vigor. (3) En ese tupido bosque que es la bibliografía de y sobre Vasconcelos, y en que es fácil perderse o dejarse deslumbrar, Raúl Trejo nos allana un camino mínimamente transitable. Su conocimiento de la discusión es exhaustivo.

A pesar de estas tres bondades, es saludable y menester echar en falta una mención más detenida del muralismo, corriente artística que se creó casi por decreto de Vasconcelos en su paso por la Secretaría de Educación Pública, y una mención más detenida de sus relaciones amorosas, no para saciar la avidez de chisme, sino para constatar que en esta faceta de su vida el filósofo también se ajustó al esquema trinitario de su sistema.

La publicación de este libro, junto con la publicación en 2016 de *La revolución creadora*, de Guillermo Hurtado, redobla el interés por eso que bien podemos llamar el “humanismo ateneísta”, y que se propuso, *grosso modo*, la dignificación del hombre mexicano y de todo hombre. Alfonso Reyes, otro intelectual de proporciones olímpicas, supo ver en la muerte de José Vasconcelos una especie de sobrevivencia y arraigo:

Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe (Reyes, 1995, p. 49).

A varias décadas de su partida y de su enaltecimiento en calle, biblioteca, auditorio, José Vasconcelos sigue despertando, como despertaba en Carlos Pellicer, una sensación oceánica de sorpresa, inmensidad y alivio: “cuando abro sus libros / es como cuando uno a la vuelta de un

camino / descubre el mar”. Vasconcelos, mar y fuego a la vez, horadó en la conciencia nacional una cicatriz que hoy sentimos imperiosa y ardiente. Lo tenemos aquí, a nuestro lado, a la vuelta del camino; no hace falta buscar el auxilio en otra parte. El diálogo que retoma y acicatea Raúl Trejo no se interrumpe –no debe interrumpirse–.

Referencias

- HURTADO, Guillermo (2016). *La Revolución creadora. Antonio Caso y José Vasconcelos en la Revolución mexicana*. México: UNAM.
- REYES, Alfonso (1995). *La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959* [compilación y notas de Claude Fell]. México: El Colegio Nacional.
- TREJO Villalobos, Raúl (2017). *Filosofía y vida: el itinerario filosófico de José Vasconcelos*. Universidad Autónoma de Chiapas-Facultad de Humanidades/Morelia: Jitanjáfora.
- VASCONCELOS, José (1907). *Teoría dinámica del derecho*. México: Tip. Económica.
- VASCONCELOS, José (1937). *Breve historia de México*. México: Ediciones Botas.
- VASCONCELOS, José (1952). *Todología: filosofía de la coordinación*. México: Ediciones Botas.

